

## El relato de Emaús

El encuentro con el Resucitado no requiere haber sido testigo ocular de la Pascua: está disponible para cada generación cristiana a través de dos experiencias fundamentales y accesibles —la escucha viva de la Palabra y la celebración de la Eucaristía—, siempre que se parta de un contacto personal y comunitario real con Jesús, y no de una práctica religiosa rutinaria y vacía.

**Un viaje de ida y un viaje de vuelta.** El "viaje de ida" es el de la tristeza, el desencanto, los ojos cerrados, la esperanza apagada. El "viaje de vuelta" es el del corazón ardiente, los ojos abiertos, la fe recuperada, el testimonio urgente. El texto usa este esquema narrativo para diagnosticar la situación de muchos creyentes hoy y proponer un camino de renovación concreto. La tensión central es entre **la práctica religiosa sin vida interior y el contacto personal y comunitario con el Jesús vivo.**

### "El relato de Emaús — El camino de la fe recuperada"

*"¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino?" (Lc 24,32)*

#### I. El viaje de ida: retrato de una fe apagada

Dos discípulos se alejan de Jerusalén. Caminan despacio, en silencio, con el peso de la derrota. Todo lo que habían esperado de Jesús ha quedado sepultado con Él. "Nosotros esperábamos..." Es la frase más triste del Evangelio: la esperanza en pasado. Sus ojos están cerrados, no porque les falte información —conocen las Escrituras, oyeron el mensaje, hasta les llegó el anuncio de las mujeres—, sino porque han perdido algo más hondo: la ilusión, la confianza, el deseo. Cuando se pierde la esperanza, se pierde también la capacidad de ver lo que está junto a nosotros.

No son figuras remotas del pasado. Son el retrato de muchos creyentes hoy: personas que tienen doctrina, costumbre religiosa, incluso cierta nostalgia de la fe, pero en cuyo corazón Jesús ha ido convirtiéndose en un personaje extraño e irreconocible. Personas que asisten a misa y salen como entraron, sin que nada haya ardidido por dentro.

#### II. El caminante que se acerca

Jesús no espera que ellos lo busquen. Toma la iniciativa, se acerca, se pone a caminar con ellos. No revela su identidad de golpe. Pregunta, escucha, acompaña. Deja que ellos cuenten su experiencia y sus decepciones. Y entonces, poco a poco, les va abriendo el sentido de todo lo que han vivido.

Hay aquí una pedagogía divina que el texto subraya con fuerza: Jesús se hace presente allí donde se lo recuerda y se habla de Él. No donde se recitan fórmulas de memoria, sino donde hay interés genuino por su mensaje, donde alguien se pregunta con seriedad por su persona y su proyecto. ¿No camina hoy Jesús veladamente junto a tantos que lo siguen recordando aunque se hayan alejado de la institución?

#### III. Las dos experiencias clave: Palabra y Eucaristía

El relato de Emaús propone dos caminos para recuperar la fe viva, y no es casual que sean precisamente los dos pilares de toda celebración eucarística.

El primero es la escucha de la Palabra. No la lectura mecánica de un texto, sino ese momento en que la voz de Jesús llega de verdad hasta dentro y hace arder el corazón. No siempre sucede. Pero cuando sucede —cuando una frase del Evangelio nos conmueve, nos interpela, nos ilumina—, es señal de que algo vivo está operando. Jesús no está ausente: camina junto a nosotros.

El segundo es la Eucaristía. Los discípulos lo retienen: "Quédate con nosotros, que anochece." Y Jesús entra para quedarse. En la fracción del pan, se les abren los ojos. No porque haya sucedido algo espectacular, sino porque han acogido su compañía con sencillez, como amigos que comparten la mesa al final de un largo camino. La Eucaristía dominical no es un trámite religioso: es el momento privilegiado en que el Resucitado alimenta la fe de los suyos y los fortalece para seguir caminando.

#### IV. El corazón ardiente: señal de contacto real

El texto vuelve una y otra vez sobre esta imagen: "¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba?" El ardor del corazón es la señal que distingue el contacto vivo con Jesús de la mera práctica religiosa. Y el diagnóstico que propone es severo pero honesto: no basta celebrar misas ni leer textos bíblicos "de cualquier manera." La clave no está en la cantidad de actos religiosos, sino en la calidad del encuentro. Nos falta, muchas veces, no doctrina ni organización sino contacto personal con Jesucristo, el Viviente. Si Jesús desaparece del corazón, todo lo demás es inútil.

Esto tiene implicancias pastorales concretas: es urgente crear espacios —más allá de la liturgia dominical— donde personas diversas puedan escuchar, compartir y dialogar sobre el Evangelio. No ante un público mudo, sino en comunidad viva, con preguntas reales y experiencias propias sobre la mesa.

#### V. No huir a Emaús: la tentación del abandono

El texto nombra con claridad una tentación extendida: la huida. Algunos se van de manera ruidosa, afirmando creer en Dios pero no en la Iglesia. Otros se distancian poco a poco, "de puntillas y sin hacer ruido," hasta que el afecto y la adhesión se han apagado sin que nadie lo note. El texto no cierra los ojos ante los motivos reales de ese desencanto: una Iglesia que a veces parece inmóvil, defensiva, más ocupada en condenar que en alentar, más preocupada por su credibilidad institucional que por la presencia viva del Resucitado.

Pero la solución no está en el abandono. Está en rehacer los vínculos con una comunidad, un grupo, una parroquia donde se pueda volver a preguntar por Jesús, escuchar su Evangelio y compartir la mesa. Por muy apagada que parezca, en esa Iglesia habita el Resucitado. Y como en el poema de Machado: "Creí mi hogar apagado, revolví las cenizas... me quemé la mano."

## **VI. El viaje de vuelta: de la experiencia al testimonio**

Los dos discípulos no se quedan en Emaús saboreando su encuentro. Vuelven a Jerusalén, de noche, presurosos, con algo urgente que contar. La experiencia del Resucitado no es para guardarse: genera misión. Los ojos abiertos exigen voz.

Pedro es el otro ejemplo del texto: el mismo que había negado y huido, ahora proclama con valentía ante la multitud: "Vosotros lo matasteis, pero Dios lo resucitó, y nosotros somos testigos." La experiencia pascual transforma cobardes en testigos. Y sigue transformándolos hoy: las comunidades y familias que aman, promueven la justicia y sirven desinteresadamente son el testimonio más creíble de que el Resucitado sigue vivo en la historia.

### **¿Cómo viviremos?**

**1. La esperanza perdida ciega la mirada: antes de ver hay que volver a desear.** El texto hace una observación psicológica y espiritual de gran profundidad: los discípulos de Emaús no reconocen a Jesús porque han perdido la esperanza, y sin esperanza la realidad que está junto a nosotros se vuelve invisible. La fe no es solo un acto intelectual: requiere un deseo previo, una apertura interior, una disposición a ser encontrado. Esta intuición tiene valor pastoral enorme para el acompañamiento de personas en crisis de fe.

**2. Jesús se acerca cuando se lo recuerda: la memoria como puerta de la presencia.** El texto propone un principio de alta densidad teológica: el Resucitado se hace presente allí donde se lo recuerda y se habla de Él. No como magia, sino como dinámica espiritual: la memoria activa de Jesús —sus palabras, su estilo de vida, su proyecto— es la condición que abre la percepción de su presencia. Esto funda toda práctica de lectio divina, catequesis narrativa y grupos de Evangelio.

**3. Las dos experiencias fundantes: Palabra y Eucaristía, inseparables.** El relato de Emaús estructura la fe cristiana en torno a dos polos que no pueden separarse: el ardor del corazón ante la Palabra y el reconocimiento en la fracción del pan. Cualquier pastoral que privilegie uno a costa del otro empobrece la experiencia del Resucitado. La liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística no son dos mitades opcionales: son los dos ojos con los que la fe ve.

**4. El ardor del corazón como criterio de autenticidad religiosa.** Frente a la rutina y la práctica vacía, el texto propone un criterio sencillo y exigente a la vez: ¿arde el corazón? No se trata de emoción superficial, sino del signo interior de un contacto real con el Jesús vivo. Este criterio desmonta la ilusión de que la cantidad de actos religiosos garantiza la vida espiritual, y llama a una revisión honesta de cómo se celebra, se predica y se acompaña en las comunidades.

**5. La "huida a Emaús" como metáfora pastoral del abandono eclesial.** El texto ofrece una imagen potente y contemporánea para nombrar el fenómeno de alejamiento de la Iglesia: la huida a Emaús. Y propone una respuesta que no es ni el optimismo ingenuo ni la resignación: volver a vincularse con una comunidad donde sea posible seguir preguntando por Jesús. No se trata de defender la institución, sino de no perder el único lugar donde el Resucitado sigue alimentando la fe de los suyos.

**6. De la experiencia al testimonio: la fe pascual es constitutivamente misionera.** El viaje de vuelta de los discípulos no es un detalle narrativo: es la estructura profunda de toda experiencia auténtica del Resucitado. Quien encuentra a Cristo vivo no puede quedarse quieto. El texto cierra con una pregunta directa que resume todo el itinerario: ¿estamos todavía en el viaje de ida —en la penumbra, el desencanto, la cobardía— o ya en el de vuelta, con el corazón ardiente y algo urgente que contar?

*El 3° Domingo de Pascua completa y profundiza la trayectoria iniciada en los dos domingos anteriores: si el*

*1° proclamó la Resurrección como presencia viva y el*

*2° exploró la dinámica interior de la fe a través de Tomás, este*

*3° ofrece el camino concreto y accesible para que esa fe se reavive: recordar a Jesús, escuchar su Palabra, celebrar la Eucaristía y volver a testimoniar.*